

La noción de agua en el discurso mítico

MIGUEL ÁNGEL ÁVILA BAYONA*
DORIS ELISA VELANDIA MELENDEZ**

“¿Dónde está lo real: en el cielo o en el fondo de las aguas?

En nuestros sueños, el infinito es tan profundo en el
firmamento como bajo las aguas”.

BACHELARD, Gastón. “El agua y los sueños” (1978:79)

* Profesor Escuela de Idiomas Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia.
miguel18angel@gmail.com

** Profesora Escuela de Idiomas Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia.
doeliveme@yahoo.es

Resumen

La Biblia, el Popol Vuh, el poema Yurupary y muchos otros mitos y tradiciones sobre la relación hombre – agua, recogen el pensamiento de los colectivos humanos que vieron en este recurso natural la esencia de la vida y de la muerte. Más allá de la palabra ‘agua’ está el sentido del texto a que pertenece. Y más allá de desentrañar lo que en el texto se dice, se percibe el dinamismo del discurso integrado a la sociedad y la cultura que lo crean, recrean y transforman. El acto de nombrar, referir y significar el agua es una manera simbólica de construir mundo y de comprenderlo. En este sentido, el concepto social y cultural del agua es, necesariamente simbólico.

Abstract

The Bible, the Popol Vuh, the Yurupary poem and many others myths and traditions about the relationship between man and water, take the human thoughts that saw in this natural resource the essence of life and death. Beyond the means of the word ‘water’ lies the sense of the text that it refers to. Beyond discovering what in the text is said, it is perceived the dynamism of the discourse that is integrated to society and culture that create it, recreate and transform it. The water nomination, reference and meaning act is a symbolic form to construct and understand the world. In this sense, the social and cultural concept of water is essentially symbolic.

Palabras clave: Texto, discurso, sociedad, cultura, mito, símbolo.

Key words: Text, discourse, society, culture, myth, symbol.

Fundamentos teóricos y metodológicos

Resulta pertinente para comenzar este ensayo, traer a la memoria el axioma biológico y filosófico de que el ser humano, como todos los seres vivos es un ser de agua. Dado el vínculo y la dependencia que tiene el hombre del agua, esta condición genética, inicialmente biológica, química y física se tornó en criterio primero filosófico y luego semiótico, sociológico y antropológico. Cada visión está llena de páginas de cuestionamientos con y sin respuestas. Distanciados, pero no olvidados de la composición físico química de este líquido elemento, los humanistas han tratado de comprender la función biótica y tanática del agua, en cuanto función hiática de la vida. La toma de conciencia de esa relación en las distintas sociedades humanas se manifiesta en discursos cargados de simbolismos históricos, épicos, míticos, religiosos y hasta políticos. Estos simbolismos representan una fuerza dinámica de la respectiva cultura social que se manifiesta en los enunciados textuales que se dicen en el intercambio comunicativo.

Para acceder a la comprensión de estos discursos surge la posibilidad de análisis de este complejo de enunciados desde la perspectiva Lingüística. Tras la palabra agua y su estructuración en oraciones gramaticales se ocultan ideologías, tradiciones, experiencias, creencias, cogniciones, que conllevan sentidos dispares que se comportan como símbolos de lo sociocultural.

Este es un espacio propicio para interpretar, describir y explicar las voces que se camuflan tras las formas sintácticas de los enunciados.

Es pertinente saber cómo son esas voces que intervienen en cada manifestación discursiva; cómo se realiza el proceso de la comunicación discursiva en cuanto es práctica social y cultural. ¿De qué manera los enunciados escenifican las diferentes imágenes socialmente establecidas?

El Análisis de cada uno de estos Discursos no define a los hablantes, sino a toda una comunidad de habla y de cultura, permeada por la historia y moldeada por las circunstancias. Surge, entonces, la pregunta de ¿cuál es el valor y la función de los discursos sobre el agua en las diferentes culturas y grupos sociales? ¿Qué complejos semiótico semánticos encierra tanto esta palabra como su sintaxis textual?

Este ensayo asume, fundamentalmente, una descripción e interpretación, en el área de lo mítico cultural, del término agua, lo que permite observar con nitidez el peso de las creencias y de las necesidades en la conformación de una unidad discursiva. Se percibe una unión inseparable entre cultura y lenguaje (palabra) en los procesos sociales de construcción de sentido. De esta relación resulta un enigma entre lenguaje y cultura y sus inagotables maneras de significar. Tras los enunciados se configura y percibe la densidad histórica, política, mítica, significante, del discurso puesto en acto.

No se considera uno, sino varios discursos diacrónicos sobre el agua. El pequeño corpus considerado pertenece a un acervo de archivo muy amplio. Ninguno es prolongación del otro, porque ninguno es la historia del otro; sin

embargo, las afinidades semántico semióticas e ideológicas son notables. La preferencia en este ensayo conlleva la marca ideológica de los discursos cercanos a la cultura del analista. Esta limitante no es óbice para hacer una interpretación semántica, semiótica y pragmática de los discursos míticos del agua en las tradiciones griega e indígena americana. Son dos culturas dispares en su desarrollo social, intelectual y académico, pero afines, hasta cierto punto, en convenciones, valores y creencias.

Los discursos analizados no son orales, sino escritos; no son formas directas de actos de habla de usuarios, sino evocaciones indirectas plasmadas en la historia por historiadores y literatos reconocidos en esta área. Ellos se encargaron de poner en palabras elaboradas lo que la creencia popular sentía y expresaba. Los referentes escogidos son construidos por la práctica social, mientras que los objetos del discurso resultante son dinámicos, esto es, una vez introducidos pueden ser modificados, recategorizados en la progresión textual. Estos referentes son construidos y alterados no sólo por la forma como se nombra el mundo, sino por la forma como se integra, interpreta y construye el mundo a través del entorno físico, social y cultural. En tal sentido, el acto de referir o referencia resulta de la actividad comunicativa al momento de designar, representar, o sugerir algo. Los referentes textuales, por tanto, no son objeto del mundo, sino del discurso.

La discursivización de la referencia sobre el agua no es un simple proceso de elaboración de información sobre lo físicamente real. Al referir sobre el agua, se produce una forma simbólica que representa una realidad de manera significativa. Lo que se dice está determinado y condicionado por lo que ya se dijo (la historia, las tradiciones, los valores, las creencias) en el colectivo (implícito en la memoria social), por las condiciones contextuales del momento de la enunciación y por lo que se dirá a continuación.

Aquí, el término 'agua' se analiza como un referente discursivo de voces míticas, religiosas, comerciales y políticas, en la relación hombre naturaleza, y cuyo resultado es la expresión de sentidos permeables por las concepciones de mundo, muerte y vida y poder social. Se advierte, en cada uno de estos sentidos, la dependencia marcada de unos propósitos: comunicativo (específicamente de ritual), estratégico (para la convivencia), comercial y político. De la relación que cada grupo social tenga con el agua se puede inferir la concepción de mundo y el vínculo del hombre con la naturaleza. Los textos que narran y describen los acontecimientos implican conocimientos, necesidades y valores.

Acercamientos

En una primera aproximación simbólica a los hechos, en algún lugar del planeta el agua descansa entre rocas, barrancos y árboles; desprevénidamente, desde la orilla un caminante deja caer una piedra. Entonces, el agua despierta, y el universo se levanta, expande en ondas concéntricas, se agiganta. Su cristalino vientre vibra entre moléculas. La incipiente vida de su fondo atormenta a la fascinadora de peces y algas. Al igual que la más humilde de las palabras en los labios del creador "hágase", arrojada a la nada, la piedra provoca en el agua el maremágnum de las especies y galaxias.

En la historia de la humanidad, el agua, lo mismo que la palabra lanzada al aire para que sea atrapada por alguien, ha agitado el desarrollo de los pueblos. Desde el mismo instante de su existencia, el hombre descubrió que dos cosas le eran imprescindibles para su subsistencia: el agua y la palabra. Ambas son elementos vitales para el cuerpo y para el alma. Desde entonces, en todas las culturas, el agua cobró espíritu, dejó de ser un mero referente y se convirtió en símbolo de muchas acciones humanas. Porque donde hay agua (y palabra) hay vida. Por eso, los asentamientos humanos perduraron y perduran sólo en torno del río,

el lago o la quebrada. Todo comercio de tierras, todo establecimiento de industrias se centra en la expresión "tiene agua propia", ya como afirmación o ya como pregunta. Aquí no es la piedra arrojada al estanque la que despierta al agua, es ella la que agita al hombre. En la ciudad se clama por un vaso de agua; su carencia es sinónimo de enfermedad y muerte.

La retrospectiva es abundante. Todas las sociedades y culturas han tenido el agua como referente en diferentes perspectivas discursivas. Las sociedades industrializadas, preocupadas por el desarrollo económico, la tienen como un objeto que mueve y enfría las máquinas, por lo que se debe cuidar para evitar el caos económico. En esta perspectiva, el agua es un objeto al servicio del hombre, no es parte de su esencia. El hombre ciudadano paga para que le manden agua hasta su residencia, pero poco le importa saber qué tareas se deben realizar para cumplir con esta demanda y a qué se compromete él para conservarla. Ese vínculo hombre - agua está desprovisto de todo significado. Estas voces del industrial y del ciudadano son el eco de la materialización en que viven. Lo que existe es para usarlo en favor del bienestar material de uno y otro. Sólo el poeta salva esa expresión vital que antaño el hombre le dio al agua.

¿Desde cuándo existe el agua? Desde siempre. Allí ha estado dispuesta a la vida y a la muerte, mucho antes de que Dios dijera la primera palabra; porque *"en el principio creó Dios el cielo y la tierra. La tierra, empero, estaba informe y vacía y las tinieblas cubrían la superficie del abismo, y el espíritu de Dios se movía sobre las aguas"* (Génesis, capítulo I, vers. 1 y 2). Bajo el riesgo de caer en una acuática herejía, se siente que el agua nació de Dios como su primera y fundamental acción divina. Dios necesitaba un espacio puro y transparente para que su espíritu se desplazara. El espíritu de Dios es el espíritu del agua. Las demás creaciones vienen por añadidura.

Como voz religiosa, la Biblia organiza el saber, en cuanto marca subjetiva de la cultura de la

omnipresencia y el poder de las aguas, en donde la imagen dominante es de eternidad y soporte de toda forma de la vida. Los signos empleados se constituyen, a la vez, en imágenes poética, conceptual y sensorial. La finalidad de su estructura es dominar, privilegiar una ideología que la sociedad subalterna hace verdadera y asume como propia. Sólo mediante la aceptación voluntaria que el receptor hace de la ideología de su emisor es que las ideologías enunciadas se tornan verdaderas y ciertas. Implícitamente los interlocutores acuerdan una ética para el sentido de los textos, la cual les debe permitir decidir subjetivamente lo que les es inherente o ajeno. Por ejemplo, la voz de la Biblia está para ser aceptada sin condiciones, es la revelación que Dios les ha hecho a los hombres por medio de sus profetas: el agua es el espacio por donde Dios se desplaza mientras por amor construye o destruye toda forma de vida.

No sólo la cultura regentada por el cristianismo, sino la gran mayoría de las culturas tienen el agua - al lado del fuego - en antagonista relación biótica y tanática. Las voces de las distintas experiencias socioculturales con el agua son de actos regulativos y persuasivos; se busca respeto y admiración.

El Popol Vuh, libro tradicional de los indígenas que habitan la región del Quiché en Guatemala, narra en el capítulo primero la creación del mundo y del hombre. El agua es para ellos la fuente de toda vida que habita la tierra. Los significados que construyen surgen de su propia experiencia interpretativa del mundo y los expresan mediante las interpelaciones y la organización del texto. La aceptación social convierte este conocimiento en la ideología que integra textualmente a los individuos y los define culturalmente. Para entender el alcance de estas palabras es mejor repetirlas que resumirlas.

«No había todavía un hombre, ni un animal, pájaros, peces, cangrejos, árboles, piedras, cuevas, barrancas, hierbas ni bosques: sólo

el cielo existía.

No se manifestaba la faz de la tierra. Sólo estaban el mar en calma y el cielo en

Toda su extensión.

No había nada junto, que hiciera ruido, ni cosa alguna que se moviera, ni se

agitara, ni hiciera ruido en el cielo.

No había nada que estuviera en pie; sólo el agua en reposo, el mar apacible, solo

y tranquilo. No había nada dotado de existencia.

Solamente había inmovilidad y silencio en la oscuridad, en la noche. Sólo el

creador, el formador, Tepeu, Gucumatz, los progenitores, estaban en el agua

rodeados de claridad» (Anónimo. Popol Vuh. Fondo de Cultura Económica. 1982:23).

La tradición cultural del reino de quiché fue determinante de las actuaciones e ideología de sus integrantes en las relaciones sociales. La palabra los hizo y los integró y aprendieron a pensar, creer y decir. De generación en generación se tejió la historia, apoyada en los referentes y los hechos que hacían que el pasado se mantuviese vivo en cada presente, mediante la narración oral, tematizada en un discurso coherente. Era su identidad, creada socialmente; era necesario construir un mundo de sentidos que diera respuesta a ¿quién soy? en la historia, en la sociedad y en mí mismo.

Reunidos los creadores, Tepeu y Gucumatz juntaron las palabras y su pensamiento, y con las palabras crearon de las aguas cuanto existe. «¡Hágase así! Dijeron. «¡Que se llene el vacío! ¡Que esta agua se retire y desocupe (el espacio), que surja la tierra y se afirme!...

‘Como la niebla, como la nube y como la polvareda fue la creación, cuando surgieron del agua las montañas y al instante crecieron las montañas» (24) y el agua corría libremente entre los cerros.

La palabra hecha discurso es creadora. Fue suficiente con juntar las palabras en un acto volitivo e inteligente para que el mundo se hiciera a imagen de su creador. «Hágase así» dijeron Tepeu y Gucumatz; «Y el verbo se hizo

carne y habitó entre nosotros», nos recuerda la Biblia. El discurso, entonces, no solamente pone en diálogo a los individuos y a estos con su cultura, sino que crea mundos de significado, de sentido y de referencia. La voz que se expresa, además de evocar la cultura y a la sociedad que representa, es una visión nueva de mundo, es creadora. La voz es tal cuando crea; si repite no será más que un eco de palabras que pretenden ser significativas.

Tanto para el judaísmo y cristianismo como para la cultura quiché, la obra era incompleta si no existía un ser inteligente, capaz de adorar a su creador. Y como en toda buena obra lo mejor se deja para el final, Tepeu y Gucumatz hicieron los primeros intentos de creación del hombre. Primero lo hicieron de barro, pero éste no pensaba, no se sostenía y el agua lo deshizo de inmediato. Entonces fabricaron al hombre de madera, el cual logró multiplicar su especie, pero no tenía memoria para amar a su creador, esa fue su desgracia: «una inundación fue pronunciada por el corazón del cielo; un gran diluvio se formó, y cayó sobre las cabezas de los muñecos de palo» (30). En el tercer intento, la carne del hombre se hizo de Tzité, un árbol cuyo fruto se usa para sortilegios y hechicerías, pero no pensaba ni hablaba con su creador, por lo que fue muerto y anegado, «la faz de la tierra se oscureció y comenzó una lluvia negra, una lluvia de día, una lluvia de noche» (37). Debieron pasar muchos días antes de ser creado de maíz el hombre que pobló la tierra.

Apoyados en los postulados del investigador Luis Alfonso Ramírez, podemos preguntar ¿Por qué esta comunidad aborigen concibe el origen del mundo de esta manera? ¿Por qué el agua ocupa un lugar central en hechos de vida y de muerte? Y responder con él: 1- que todo ser humano necesita dar explicaciones a su existencia y de las cosas; si el sentido no le fue dado, le es necesario hallarlo para entender su lugar en el universo. Sin explicación no hay justificación del ser y la existencia se torna absurda. 2- Asimismo, necesita conocer para

crear un espacio cultural compartido por todos los integrantes de la colectividad; es el saber social que le permite a los individuos hablar de un sentido del mundo construido en las prácticas comunicativas y de interpretación de hechos naturales y espirituales. 3-que todo ser humano necesita expresar, mediante el lenguaje, sus emociones, su gusto o estética, desde y por las experiencias que tiene con el mundo; es el espacio de la identidad individual. Cada una de estas necesidades está motivada por la necesidad psicosocial de interactuar, de relacionarse.

Para la cultura quiché, el concepto de agua está relacionado con castigo purificador. El concepto de vida está relacionado con la alimentación, mientras que el agua se encarga de retornar las cosas a su origen, de borrar lo que está mal, de corregir los defectos para volver a empezar.

Para los egipcios, el agua es la protomateria. De ella surgieron todos los dioses. Es ella la residencia del dragón chino, porque todo lo viviente procede de las aguas. De igual manera, en la India mantiene la vida que circula a través de toda la naturaleza en forma de lluvia, savia, leche, sangre. Tales de Mileto (624 -546), filósofo griego, afirmó que el agua era el principio, el origen de todo cuanto sobre la tierra existe, el elemento del que procedían todas las cosas y al que todas retornaban. En el mismo sentido, investigaciones recientes no descartan la hipótesis de que después del caos toda forma de vida se originó en el agua.

Como vemos, la polifonía de la palabra agua, por su presencia en el discurso de cualquier lengua, es infinita. Los distintos sentidos que en cada cultura o en cada núcleo social se le dan al término, abarcan el saber inmediato, el saber teórico -científico y el saber universal. «Ese conjunto de saberes está organizado en términos de voces, nociones e ideas, cuya aprehensión y organización están establecidas por las mismas formas del lenguaje» (Ramírez Peña, Luis Alfonso. Notas de seminario de Análisis del discurso. Tunja, 2004).

El saber inmediato de la expresión agua, lo adquiere el hablante ya sea por la enseñanza de sus mayores o por las necesidades que satisface con este elemento. Los saberes teórico - científico y universal, generalmente, están descontextualizados y no pasan del conocimiento de una fórmula química, o del recuerdo de leyendas, fábulas o mitos.

La conciencia y los sentidos sobre los valores del agua en cada grupo sociocultural y en cada emisor receptor es, como dice Ramírez «una articulación de voces en una voz unificadora por necesidades de acción y comunicación» (ídem), lo que quiere decir, que para un análisis de discurso no se aspira a recuperar un modelo o modelos lingüísticos, sino a dar cuenta de los procesos de realización o producción en el interior del colectivo social.

En las voces de las filosofías cotidianas y profundas el agua es inmortal e ilimitada; es el principio y el fin de todas las cosas; es la madre universal de todos los seres y de la sabiduría. Así, por ejemplo, en la voz del cristianismo la inmersión en el agua por el bautismo es, en primer lugar, muerte y después el renacer a una nueva vida, en la doble corriente positiva y negativa de creación y destrucción. En la preparación para el bautismo con agua, el hombre material entra en el sepulcro (fin, muerte), pero al salir se multiplica el potencial de vida, porque nace el hombre espiritual, transparente y profundo que comunica lo superficial con lo abismal. Así, luego de su bautismo en el río Jordán, Jesús inicia su vida pública con todo el poder de la palabra. Y fue con su palabra que poco después convirtió el agua en el mejor vino de la boda. Ya en la cruz, de su costado herido por la lanza brotó la última gota de agua, el último aliento de vida y se encadenaron las palabras.

Muy cerca de nosotros está la hermosa leyenda chibcha, que relata cómo la sociedad Muisca hizo del agua una divinidad, porque ella es el origen de la vida humana y el sustento de las cosechas y por ende el bienestar de toda la

comunidad. «El agua fue llevada a la posición de deidad. SIE o SÍA era la diosa del agua. Ella se encontraba presente en la vida entera de los muiscas. Desde el nacimiento hasta la muerte el agua era recurrente en los distintos aspectos de su vida, sus costumbres y su cultura. Los nombres de varios lugares recuerdan esa referencia permanente al agua: Siecha, Siatá (la labranza del agua), Suasia (el agua del sol), Siachoque (el trabajo del agua), casia, Tobasía» (Villegas: 2003, 40).

Para el nacimiento o generación del ser humano, Bachué (de las raíces muiscas «bac», afuera y «chué», pechos), también llamada «Furachogua», descendió de las altas nubes hasta el fondo de las frías aguas de Iguaque, de donde, después de un tiempo, salió con un niño en sus brazos, hijo del agua. Una vez se convirtió en mozo, se casó con él y juntos poblaron la tierra.

Henchidos de gente los valles, las colinas y mesetas, Bachué y su esposo regresaron a Iguaque y convertidos en serpientes se confundieron con los visos iridiales de las gélidas y cristalinas aguas. Sus hijos, que así lo cuentan porque lo vieron, lloraron su partida y prometieron practicar sus sabias enseñanzas y seguir sus consejos.

Después llegó Bochica, Nemqueteba o Zhué, el dios civilizador, quien controló las lluvias, convirtió en cultivable la sabana cuando encauzó las aguas hacia Tequendama y a las gentes les enseñó a usar, mantener y controlar el agua. Ella da vida, dijo, pero también trae la muerte cuando se le irrespeta. Ejemplo cierto, porque lo cuenta la historia, fue lo que le ocurrió al cacique Hunzahúa, fundador de la precolombina Tunja. Pese a su conocimiento de las leyes divinas, Hunzahúa cometió el error de enamorarse de su hermosa hermana Noncetá. Con ella concibió un hijo, que al nacer en el alto de Tunja se convirtió en piedra. Faravita, la madre, disgustada por el pecado de incesto, intentó golpear a Noncetá con la pala de batir la chicha que estaban preparando en ese momento para las festividades de Sue,

el dios Sol. Infortunadamente, la pala golpeó la olla y la chicha derramada se convirtió en un gran pozo de agua. La ley de Bochica decía que el varón incestuoso sería metido en un pozo, con el agua hasta el cuello; unas tablas le impedirían su salida para que allí muriera lentamente. Se entendía, como en la cultura Quiché que el agua era un objeto purificador, protector y de castigo.

Aquí podemos interpretar que en el agua quedaban deshechas todas las malas acciones de los hombres y se impedía su propalación. Al igual que en otros lugares de las tradiciones indígenas, el agua era la residencia de los dioses, por lo que ellos emplearon, posteriormente, el pozo de la chicha para hacer tributos de oro a sus dioses en acto de desagravio. Con la conquista, un señor de apellido Donato lo saqueó y en reemplazo legó su apellido al legendario pozo y dio origen a nuevas leyendas.

Concedor Hunzahúa de semejante castigo, al ver nacer el pozo, huyó con su hermana al actual Alto de san Lázaro. Cruzaron irreverentes por los cojines del Zaque. Ya en el Alto, Hunzahúa, con los brazos extendidos sobre la ciudad y de cara al dios Sol, maldijo a Tunja: «Estéril serás ciudad querida. El viento, el frío y la sequía serán tu eterna compañía». Dicho esto, continuaron la fuga hasta alcanzar el río Bogotá. Por él navegaron y sus aguas se hicieron ligeras, en un intento de salvación o, tal vez, en un expreso funerario hacia la fatalidad. Impulsados por el viento que rugía por entre los matorrales, la pareja llegó a la cima del salto Tequendama; las aguas les partieron la lancha y sus cuerpos se clavaron como rocas y allí quedaron eternamente encauzando la caída del agua.

Tras la muerte de Hunzahúa, llegó don Gonzalo Suárez Rendón con su ejército invasor. Y como era ya costumbre del Imperio Español, al cual don Gonzalo representaba, decidió desalojar a los indígenas de su poblado, y don Gonzalo tomó posesión de esta sedienta ciudad. A partir de ese momento «comenzó a notarse la escasez de agua en la ciudad, elemento tan

indispensable para la vida como para la salubridad pública» (Rubio y Briceño, 1909: 24).

Desde entonces, la ciudad ha requerido de diversas construcciones de canales, acequias y acueductos que, apenas hace unos pocos años, han logrado calmar la sed de sus empecinados habitantes, que se niegan a admitir las palabras de Hunzahúa. El Mono de la Pila, por tantas generaciones admirado, entraña en su silencio los ires y venires por una gota de agua.

La epopeya amazónica de Yurupari no entiende el agua como el origen, pero sí como el elemento de conservación y destrucción de la vida y de protección del poder. Se cuenta, por ejemplo, que sólo los hombres podían tocar la flauta, el instrumento del poder político otorgado a ellos por Yurupari. Para evitar que las mujeres aprendieran a ejecutarla, es decir, asumieran el poder, en la noche, luego de las reuniones varoniles, ellos las escondían en el fondo del agua, lugar de secretos insondables como la muerte. Pero sucedió lo inevitable, las mujeres espiaban a los hombres y, ayudadas por los jóvenes, -que tampoco sabían guardar secretos- robaron la música del agua y con ella conquistaron el poder.

La indignación de los dioses no dio espera. Se desató una epidemia de muerte entre los niños y varones jóvenes de la sierra de Tenui. El Payé, brujo curandero, conocía las razones, que hizo saber a las angustiadas mujeres, porque sintieron que su raza desaparecería de la faz de la tierra. Con ellas fue el Payé a bañarse en las aguas del lago Muypa. Allí les platicó y consiguió de ellas su renuncia a interpretar la flauta sagrada. Las mujeres salieron del lago

«con una sonrisa en los labios y una esperanza en el corazón» porque en sus vientres germinaba nuevamente la vida.

En conclusión, la palabra «agua» ha adquirido diversos sentidos, que en la comunicación reflejan las voces de las distintas culturas que las han creado. El concepto de agua atiende referentes de voces míticas y religiosas, con el sentido de purificación, muerte y vida. También atiende referentes de voces comerciales con el sentido de necesidades inmediatas para la supervivencia y el poder económico, y voces políticas con los sentidos de poder social y político. Una y otra voz cultural marcan la necesidad espiritual o material del agua en la vida del hombre y su relación con la naturaleza.

Que estas pocas líneas sean una muestra de los valores materiales, espirituales, claros y profundos del agua que es la misma vida. De agua es la colina que canta. Por el agua trinan alegres las junglas y amazonas. En el agua nacen y mueren las criaturas. De su reflejo en el agua se enamoró Narciso y por eso con ella para siempre se casó. El hombre es el único ser que destruye el agua, su progenitora, mas ante su tumba cae, lentamente, el matricida, orgulloso de su locura.

¡Agua! Dios y Tú son el dueto de la vida. En lúdica danza, Eolo y Tú pentagraman las olas marinas. Selene y Tú ocultas en la sombra vigilan el sueño de la vida. Trigámica armonía de existencia, de misterio y de alegría. En la soledad de la pesca, el barquero descifra tus incógnitas: vida y muerte se hallan atadas por la espalda; la una nos parió, la otra nos reclama.

Bibliografía

ANÓNIMO. Popol Vuh. México: Fondo de Cultura Económica. 1982.

BACHELARD, Gastón. El agua y los sueños. 1978.

GALINDO, Julio Roberto. Hunzahúa. En: El lector boyacense. Vicente Landínez Castro (compilador). Tunja: La Rana y El Águila, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. 1979.

MARTÍNEZ S., María Cristina. Estrategias de lectura y escritura de textos. Cali (Colombia), Universidad del Valle. 2004.

OCAMPO LÓPEZ, Javier. Identidad de Boyacá. Tunja (Colombia). Secretaría de Educación de Boyacá. 1997.

ORJUELA, Héctor H. Yurupary; mito, leyenda y epopeya del Vaupés. Bogotá: Imprenta patriótica del Instituto Caro y Cuervo. 1983.

RAMÍREZ PEÑA, Luis Alfonso y AGOSTA VALENCIA Gladys (compiladores). Estudios del discurso en Colombia. Medellín, Colombia. Sello Editorial, Universidad de Medellín. 2005.

RAMÍREZ PEÑA, Luis Alfonso. Discurso y lenguaje en la educación y la pedagogía. Bogotá: Magisterio. 2004.

_____. Apuntes del seminario «Análisis del discurso». Tunja: Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. 2004.

VILLACA KOCH, Ingedore G. A construção de objetos – de – discurso. En: revista ALED. Vol 2 (1) 200. pág. 7-20.

VILLEGAS, Benjamín (Editor). El agua en la historia de Bogotá, 1538-1937. 2ª ed. Bogotá: Villegas Editores. 2003.